

Una despedida de amor

samuelebeniabram samuelebeniabram



Capítulo 1

Una despedida de amor

Esta mañana en el aeropuerto me he emocionado. Han sido solo pocos minutos, pero suficientes. Una pareja de enamorados que me he encontrado en el embarque, en el momento en el que todos se despedían entre abrazos y agradecimientos, ha captado mi atención.

Ya había visto a esta joven pareja en el bar del aeropuerto, hablando tranquilamente entre ellos.

Sentados junto a una mesa delante de la mía, parecían que estuvieran aislados de aquel tumulto de gente ruidosa y desordenada que había alrededor. Los gritos de los niños, las personas que hablaban en voz alta, las mesitas llenas de vasos y las botellas de plástico semivacias que de tanto en tanto caían golpeadas por la gente que pasaba; parecía no molestarles mínimamente.

Como si no existiese nada a su alrededor, como si estuvieran en una isla desierta hecha de dulzura, de atención, de amor del uno por el otro.

Me he quedado allí, delante de mi café, que movía lentamente con la cucharilla, observando con una cierta envidia sus gestos. Se veía que se amaban, esto saltaba a la vista de todos. Una complicidad insólita los rodeaba.

Pero lo que me había impresionado no era el hecho evidente de que se amasen, sino cómo lo hacían.

Cada palabra, cada gesto, cada acercamiento estaba compuesto de una intensidad y de una profundidad tal que hacía entender a cualquiera que era solo la punta de un iceberg, bajo el que vivía la inmensidad.

La esencia del amor residía en aquellos pequeños gestos que se intercambiaban, que a primera vista insignificantes, sin usar palabras hablaban de su pasado, de lo que uno sentía por el otro, de esa profunda y desinteresada ternura que los hacía estar bien y no pedía otra cosa que ser comprendida y apreciada.

Tenían un modo de entrar en contacto entre ellos más receptivo y fiable que las palabras. Hecho de miradas, de silencios, de sutiles mensajes y aún más sutil era ese modo con el que en lo profundo de la propia intimidad uno respondía a la llamada del otro. Era hermoso verlos juntos, quién sabe desde cuánto tiempo se conocían, quién sabe qué habían

tenido que superar para llegar a una semejante complicidad.

Sus guerras, sus luchas, sus tomas de posiciones, sus términos, sus defensas y barreras estaban ya superadas hace tiempo.

Eran dos almas gemelas y tenían un modo exclusivo de entenderse y de entrar en intimidad entre ellas, a diferencia de las personas comunes que deben recurrir al comercio de las palabras, ellos se llenaban con la sola presencia.

Ella, mirándolo a los ojos, le tomaba las manos y las apretaba fuerte entre las suyas besándolas. Él, de vez en cuando, se liberaba de aquella presa, le acariciaba los pelos, y acercándose con la cara sentía su perfume.

Ninguno de los dos decía una palabra, solo una profunda y evidente alianza los mantenía cercanos, uno al otro.

Una alianza que no se basaba en la atracción física, en el bien recíproco, en la pasión o en el amor mismo, sino que, representaba aquel cambio interior del ser humano por lo cual una persona se siente parte indivisible de otra.

El amor, sin esa alianza, sin esa invisible conexión mental, sin esa indispensable complicidad, sin la posibilidad y la capacidad que uno tiene de penetrar en el otro, el amor en sí no es gran cosa. Estar juntos no significa nada.

Tener un proyecto común, formar una pareja, si no viene llenado de ciertos instantes profundos, se reduce a una banal y recíproca conveniencia que el tiempo hará añicos.

¿Qué es el amor si entre dos personas no existe un lazo interior que los une?

Un lazo que nace de una aparente no comunicación, de un intercambio misterioso de silenciosas miradas y de la complicidad de ciertos gestos. Es en la profundidad de esas miradas, de esos gestos, de esa silenciosa presencia, que nacen y se arraigan los vínculos del amor.

Pero, no fue este escenario el que hizo palpar mi corazón, no fue esto lo que captó mi atención, no fue esto lo que me hizo pensar. Lo más hermoso aún tenía que llegar.

Después de un rato de estar allí, sentado en el bar observándolos, me levanté para irme.

No quería que se dieran cuenta de mi presencia, no quería molestarlos y romper de algún modo, con mi indiscreta curiosidad, aquel momento de

amor.

En definitiva, era su momento y yo no tenía ningún derecho a entrometerme, ni siquiera como espectador.

Di, por lo tanto, una vuelta por el aeropuerto, mirando las tiendas y esperando el momento para embarcar. Cuando tras 30 minutos aproximadamente, me puse en fila con los otros pasajeros para mostrar el pasaporte, noté que aquella pareja de enamorados estaba de nuevo cercana a mí que se despedían.

Él partía no sé hacia dónde; ella se quedaba y por una fuerza de cosas debían separarse, alejarse uno del otro.

Se abrazaban con el miedo de perderse en un apretón que los envolvía como si quisieran protegerse recíprocamente. Se miraban a los ojos, intercambiándose a veces un tierno beso.

Ella apoyaba la cabeza sobre el pecho de él, como si estuviera durmiendo. Él le tocaba los pelos y le besaba la frente, apoyándole dulcemente los labios. Estaban rodeados por un gran silencio, como si, clandestinamente, en secreto, se estuvieran intercambiando su amor.

Llegado el momento de pasar el control, se tuvieron que separar. Él entró sin girarse, y ella lo vio desaparecer entre aquella multitud de gente que molestaba la escena.

Ha sido en aquel momento que ha pasado lo que ni siquiera podía imaginar.

Aunque él había desaparecido de su vista, ella continuaba allí, inmóvil, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo como un soldado, con la mirada fija en el vacío.

He visto pocas veces esa expresión de resignación por tener que aceptar lo que no se podía cambiar, que vi en la cara de aquella chica. Había aprendido a saber renunciar, a saber decir adiós sin permitir que su amor obstaculizara lo que probablemente era lo mejor para su hombre.

Cuando después, por casualidad, mi mirada se encontró con sus ojos azules, su cara estaba atravesada por grandes lágrimas que caían en forma de enormes gotas. Lloraba de un modo perturbador pero decoroso, habría pasado inobservado si yo no hubiera estado allí.

Miraba a su alrededor como si buscara a alguien, perdida, moviendo la cabeza de derecha a izquierda, como si no supiera dónde estaba o qué estuviese haciendo. Parecía que se hubiese perdido en un laberinto, y aunque delante de ella se presentaban mil posibilidades de salir de allí, sin

conocer el camino, sin saber dónde ir, permanecía parada e inmóvil, esperando que algo ocurriera.

Pero no ocurría nada.

Dos pasos hacia la derecha, después hacia la izquierda, delante y detrás, se paraba de nuevo a mirar las rejillas de las salidas y de nuevo volvía atrás para pararse en el mismo punto donde se habían dejado, donde se habían despedido, como para revivir y sentir las sensaciones vividas algunos momentos antes.

Sus lágrimas se hicieron imparables.

Se llevó las manos a la cara para cubrirla, casi avergonzándose de que la vieran.

Encontró después algo de fuerza en su interior y dirigiéndose hacia la puerta de salida que se hallaba delante de ella, desapareció de mi vista.

Cuando la puerta giratoria con un movimiento rotatorio la acompañó fuera del aeropuerto, se volvió de nuevo, se acercó a los cristales de la entrada y con la cara llena de lágrimas, se quedó allí, pegada con el cuerpo, algunos interminables instantes, esperando que algo ocurriera. Pero no sucedió nada. Él se había ido.

Quizá el sentido profundo del amor está en esto: significa morir un poco cuando la persona que amamos se va y volver a vivir de nuevo cuando estamos junto a ella. No me refiero ni a llorar ni a desesperarse, sino a la conciencia de sentir que cuando esa persona no está más a nuestro lado, es como si nos faltase un anillo de una cadena que nos ata a esa persona y nos sentimos más débiles, más temerosos, más desprovistos de lo esencial, incompletos.

Pero..., dado que no podemos vivir idílicamente lo que sentimos, estamos constantemente obligados a poner el peso de lo que sentimos y pensamos encima de una balanza y a transformar el amor en un sentimiento práctico y racional cambiando así su esencia, la esencia de cuando nació al primer encuentro.

Hoy el amor no se considera ya por lo que es y su importancia se ha transformado en secundaria respecto a otras cosas que no nos darán nunca la felicidad.

Siempre he pensado..., que el amor debía ser algo puro y verdadero, cómplice y sincero, leal e indivisible, y no la sustitución de la soledad o la búsqueda de la conveniencia.

Siempre he pensado..., que el amor con una mujer fuese como una cadena compuesta de muchos anillos y cada problema superado, cada dificultad vivida e vencida, se añadía un anillo más a esa cadena, que se hacía más larga, más fuerte, más resistente al tiempo.

Y aquellos anillos, no podían ser fácilmente sustituidos, o roto, o dividido, o separado de dicha cadena, la cual no hubiera sido nunca más la misma.

Siempre he pensado..., que el amor es una emoción que nace de lo desconocido y entra improvisadamente en nuestra vida. Es una felicidad que hace sonreír el corazón y nos da la ilusión de no estar solos. Es un sentimiento capaz de infundir alegría y energía y borrar las imágenes negativas de nuestros recuerdos.

Siempre he pensado..., que el amor es sentir las penas y la alegría del otro como las propias. Es saber esperar, saber renunciar, saber luchar, saber dividir, saber dar y saber recibir, pero, sobre todo...sobre todo es tener el coraje de ser, de estar, de estar allí! siempre, en cualquier circunstancia.

Siempre he pensado..., que el amor es un sentimiento que nos golpea de un modo disimulado, improvisado. Es un sentimiento irracional que nos penetra dulcemente e invade todo el nuestro organismo, se difunde capilarmente, modifica nuestro modo de pensar y de actuar y crea un pacto, una alianza, un cordón, un lazo entre dos personas, que no se puede traicionar.

Pero lo que yo pienso no vale mucho, no vale nada, vale algo solo para mí, por esto continuo a pensarlo y a buscar lo que yo defino... un amor inmenso.

Y el alma pregunta.